

Fourth Sunday of Lent: Infidelity and Faithfulness

This week's First Reading from the Second Book of Chronicles details how the people of God sinned against God and what the consequences were for their sin. Scripture says, "the priests, and the people added infidelity to infidelity, practicing all the abominations of the nations and polluting the LORD's temple which he had consecrated in Jerusalem" (2 Chr 36:14).

Remember that the Jewish people lived under a covenantal relationship with God. These covenants held expectations and obligations for all involved. Since these covenants were fundamentally about relationship with God, fidelity to the way of life spelled out by the covenants was an expression of the people's fidelity to their relationship with God.

The southern kingdom of Judah—its king, priests, and people—cast aside their fidelity and chose to live outside the law, taking on the practices of other nations and forsaking the distinctive practices characteristic of their special relationship with the Lord. God, in his goodness, sent messengers—the prophets—to call the people of Judah back to himself.

But the people persisted in their infidelity, so the Lord allowed their enemies to vanquish them. The Babylonians invaded, destroyed the Temple, and scattered the people, forcing many to live in exile in Babylon. We see here the fruit that comes from living a sinful life—chaos, exile, and ultimately death and destruction.

Even after his people persisted in their infidelity, the Lord God made a way for the Southern Kingdom to be restored. After 70 years, when the Persians defeated the Babylonians, the Lord used Cyrus, king of Persia, to restore God's people to their home and rebuild the Temple. God's goodness, love, and mercy are ever directed toward his people, even when they turn away from him.

Paul describes this well in his letter to the Ephesians when he writes, "God, who is rich in mercy, because of the great love he had for us, even when we were dead in our transgressions, brought us to life with Christ" (Eph 2:4–5). This is echoed and anchored by that most famous passage from John 3:16: "For God so loved the world that he gave his only Son, so that everyone who believes in him might not perish but might have eternal life."

The Father has called us to a supernatural vocation: eternal life, which was lost when we turned away from God. In giving us his commandments, God revealed to us our sin and prepared the world for the coming of his Son. Yet our wounded human nature made it impossible for us to live out these commandments on our own. Jesus, as true God, institutes a new covenant in his Blood, offering himself on our behalf, meriting for us justification and grace.

Jesus comes into the world to fulfill the Father's promises that his people would live free and full lives, united to him. The Eucharist, therefore, is a sign of the Father's faithfulness in Jesus Christ and also the source of our new life in him. The Father's mercy isn't simply for his people thousands of years ago. It is also for you and me, here and now.

Jesus—his life, mercy, goodness, and peace—await us in the Eucharist. How will we respond to the invitation of God to encounter the merciful Jesus in the Eucharist today?

Meditation taken from eucharisticrevival.org

Cuarto Domingo de Cuaresma: Infidelidad y Fidelidad

La primera lectura de esta semana del segundo libro de Crónicas detalla cómo el pueblo de Dios pecó contra Dios y cuáles fueron las consecuencias de su pecado. La Escritura dice: “todos los jefes de Judá, los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, imitando todas las abominaciones de los paganos, y contaminaron el Templo que el Señor se había consagrado en Jerusalén” (2 Cro 36, 14).

Recuerda que el pueblo judío vivía bajo una relación de alianza con Dios. Estas alianzas tenían expectativas y obligaciones para todos los involucrados. Dado que estas alianzas se referían fundamentalmente a la relación con Dios, la fidelidad al modo de vida explicado en los convenios era una expresión de la fidelidad del pueblo a su relación con Dios.

El reino del sur de Judá, su rey, sus sacerdotes y su pueblo, dejaron de lado su fidelidad y eligieron vivir fuera de la ley, asumiendo las prácticas de otras naciones y abandonando las prácticas distintivas características de su relación especial con el Señor. Dios, en su bondad, envió mensajeros, los profetas, para llamar al pueblo de Judá a volver a sí mismo.

Pero el pueblo persistió en su infidelidad, por lo que el Señor permitió que sus enemigos los vencieran. Los babilonios invadieron, destruyeron el Templo y dispersaron al pueblo, obligando a muchos a vivir en el exilio en Babilonia. Vemos aquí el fruto que proviene de vivir una vida pecaminosa: caos, exilio y, en última instancia, muerte y destrucción.

Incluso después de que su pueblo persistió en su infidelidad, el Señor Dios hizo un camino para que el Reino del Sur fuera restaurado. Después de 70 años, cuando los persas derrotaron a los babilonios, el Señor usó a Ciro, rey de Persia, para restaurar al pueblo de Dios en su hogar y reconstruir el Templo. La bondad, el amor y la misericordia de Dios se dirigen siempre hacia su pueblo, incluso cuando se apartan de él.

Pablo lo describe bien en su carta a los Efesios cuando escribe: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, precisamente cuando estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo” (Ef 2, 4-5). Esto es repetido y anclado por el pasaje más famoso de Juan 3, 16: “Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna”.

El Padre nos ha llamado a una vocación sobrenatural: la vida eterna, que se perdió cuando nos alejamos de Dios. Al darnos sus mandamientos, Dios nos reveló nuestro pecado y preparó el mundo para la venida de su Hijo. Sin embargo, nuestra naturaleza humana herida hizo imposible que viviéramos estos mandamientos por nuestra cuenta. Jesús, como verdadero Dios, instituye una nueva alianza en su Sangre, ofreciéndose a sí mismo por nosotros, mereciendo para nosotros la justificación y la gracia.

Jesús viene al mundo para cumplir las promesas del Padre de que su pueblo viviría una vida libre y plena, unido a él. La Eucaristía, por lo tanto, es un signo de la fidelidad del Padre en Jesucristo y también la fuente de nuestra nueva vida en él. La misericordia del Padre no es simplemente para su pueblo hace miles de años. También es para ti y para mí, aquí y ahora.

Jesús —su vida, su misericordia, su bondad y su paz— nos espera en la Eucaristía. ¿Cómo responderemos a la invitación de Dios a encontrar al Jesús misericordioso en la Eucaristía de hoy?